

acabables. Asimismo, es arquitectura o escultura en cuanto se hace plástica y adquiere bulto y relieve.

Vemos a los artifices poetas del modernismo trabajar el lenguaje para lograr estos efectos. La nueva ciencia de la estilística, en sus estudios sobre estilo y el lenguaje, ha estudiado cómo los poetas modernistas colocan los adverbios y se sirven del adjetivo y del nombre para lograr nuevas sonoridades o efectos de lejanía e imprecisión. Una palabra aislada en medio de una estrofa puede ser el toque impresionista que pretende dar la nueva poesía.

Los temas del modernismo rubeniano también provienen de la poesía francesa, aunque todos lleven el sello de una naturaleza fogosa y tropical. Rubén canta a la musa de carne y hueso, exalta la vitalidad pánica que rige el universo, y se siente panteísta, con un lirismo universal y wagneriano, en amplios poemas sinfónicos. Cisnes decorativos cruzan sus estanques en jardines autumnales; ardientes sueños eróticos, estios deslumbradores y el amor lujurioso de ninfas y sátiros alterna con el arrepentimiento y los cilicios del monje que medita sobre la calavera.

Pajes, princesas, abates, personajes de un cuadro de Watteau, dan un sello decadente a esta poesía, que embellece los vicios refinados de una sociedad cosmopolita.

«Rosas protanas», «Cantos de vida y esperanza», representan el predominio de la forma sonora sobre la idea, del colorismo y la musicalidad verbal. Con todo, Rubén, al contacto con el sobrio y recio pensamiento español, adquiere preocupaciones nuevas, que expresa con potente entusiasmo y vigor renovado en su «Salutación del optimista» y en la arrogante «Oda a Roosevelt». Muy interesante es el estudio crítico que Pedro Sa-

linas ha escrito sobre la Poesía de Rubén Darío.

Entre los modernistas más destacados, merecen una mención especial Francisco Villaespesa, que tiende hacia un orientalismo colorista y fácil, y Salvador Rueda, canario, metafórico y sensual, en cuya poesía meridional se nota la embriaguez de las palabras rebosantes. Y *Ranón del Valle Inclán*, personalidad extravagante y esperpéntica, de extraordinario valor en las letras hispanas.

Valle Inclán, contemporáneo de los de la generación del noventa y ocho, amigo, unas veces, enemigo, otras, pues su genio versátil le procuró muchas enemistades y escándalos, escribe en una prosa modernista, atento a la forma sobre todo y a los efectos sonoros de la palabra. Como su conocido personaje de las Sonatas, el marqués de Bradomin, encuentra disculpa para su cinismo en la expresión de la forma bella. Valle Inclán cincela las frases de su prosa como un artífice preciosista que busca los destellos del metal que trabaja cuidadosamente, atento a las mejores calidades.

Como Gautier, en sus «Esmaltes y camafeos», tan admirado por todos los escritores modernistas, labra joyas literarias de incalculable valor, aunque a veces, pocas, predomine el mal gusto.

«Femeninas», «Corte de amor», «Cofre de Sándalo», «Jardín novelesco», «Historias perwersas» son los títulos, muy fin de siglo y modernistas, de algunas de sus obras.

Los temas valleinclanescos son los mismos de Rubén Darío, todos teñidos de un marcado erotismo no exento de misticismo funeral y trágico. En el desenvolvimiento de este escritor se observa una tendencia al expresionismo que es una de las constantes del genio español. (Recuérdense los sueños ex-